



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,

DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,

AÑO II.

Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO.

NÚM. 7.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. . .	$\frac{1}{2}$ peso.	1 $\frac{1}{2}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,

DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.

Madrid, 10 de Marzo de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

INFLUENCIA DE LA CAZA EN EL LENGUAJE.

Una de las cosas que demuestran la importancia que desde la más remota antigüedad ha tenido la caza en la vida social, es el estudio ú observacion de la influencia

que su tecnicismo ha ejercido en todas las formas de emision del pensamiento. Obsérvase que al formarse los idiomas, cuando su cultivo no ha permitido la invencion de una palabra para cada idea ó parte de ella, los pueblos han tenido que valerse del empleo de una misma voz

para expresar cosas diversas, inspirados por aquella secreta analogía que se nota entre cosas á primera vista muy heterogéneas.

No entraremos en la cuestion de si hay ó no verdaderos sinónimos; lo que sí diremos, por el contrario, es que



TIPO DEL CABALLO DE CAZA.

desde un principio han abundado más las cosas y las ideas que los medios de expresarlas; y ántes que un filósofo, más ó ménos afortunado ó feliz, haya inventado la palabra que corresponde en cada caso, el vulgo no ha tenido más medio de expresar los nuevos pensamientos que valerse de las antiguas palabras de un significado más ó ménos análogo. De ahí esa variedad de acepciones en una misma palabra, desde su sentido propio y riguroso hasta las más remotas afinidades del pensamiento, á la manera que el marcado círculo de agua, que se produce en un lago por la caída de la piedra en su superficie, va desvaneciéndose ténue é imperceptiblemente hasta morir en sus orillas.

La influencia del tecnicismo de la caza en todos los usos de la vida se demuestra por la multitud de refranes, modismos y locuciones que, tomados del lenguaje venatorio, se aplican en un sentido moral á cosas enteramente ajenas á ella, mostrando así la misteriosa armonía que se encuentra en todo lo criado, así en el orden físico como en el moral.

A trueque de que sea tachado de árido el ligero trabajo de elección que se nos ha ocurrido como prueba de lo expuesto, nos permitiremos apuntar unos cuantos refranes y locuciones de los que abundan en la hermosa lengua castellana, protestando que muy lejos de haberlos agotado, los ofrecemos como un haz de los mismos, que el más severo filósofo se verá forzado á confesar que son hijos de la caza, y que sin ésta no se hubiera podido enriquecer con ellos nuestro idioma. Tales son: Ponerse en caza.—Ir á caza de gangas.—Espantar la caza.—Cazar con perdigones de plata.—Levantar la caza.—Porfía mata la caza.—A tiro de ballesta.—Salir el tiro por la culata.—Errar el tiro.—Perro ladrador, poco cazador.—Perro alcucero, nunca buen conejero.—A lo largo el galgo á la liebre mata.—Donde ménos se piensa salta la liebre.—El conejo ido, el conejo venido.—Perdices en campo raso.—Perdiz, ó no comerla.—Para dos perdices, dos.—Más vale pájaro en mano que ciento volando.—Si cazares no te alabes, si no cazares no te enfades.—Cazador de alforja.—Narices de perro perdiguero.—Si tantos halcones la garza combaten, á fe que la maten.—A las veces do cazar pensamos, cazados quedamos.

¡Hombres, que echándola de serios creéis rebajar vuestro talento no ocupándoos más que de las graves cuestiones de abstracta filosofía, sutil política ó de intrincadas ciencias sociales, sabed que no hay nada en la creación que no pueda servir de puente á lo más grande, y que desde las más despreciadas arenas que se arrastran en el lecho de los más olvidados ríos, se puede venir á la posesión del aurífero metal, bello porvenir de tantas ambiciones humanas, así como del más modesto y olvidado aroma de la sencilla violeta, se puede venir al inmenso incensario que la creación toda, orlada de sus más espléndidas galas, agita respetuosa hácia el amoroso trono del Dios que la creó!

JOAQUIN BADÍA Y ANDREU.
(Barcelona.)

TIPO DEL CABALLO DE CAZA.

(Véase la lámina de la página 49.)

En el núm. 7 de nuestro periódico, correspondiente al día 10 de Marzo del año anterior, nos ocupamos con alguna extensión del mérito y de la índole del hermoso animal que apenas nace principia por dar al hombre su libertad, y concluye á veces entregándole la vida para servirle mejor, y como último testimonio de su abnegación y de su fidelidad.

Ya hemos hablado de los caballos libres que pueblan la América española, retozando en aquellas inmensas praderas en que aspiran el aire de la independencia, y buscándose por sí el alimento y la habitación que conviene á sus selváticos instintos.

Hoy sólo será objeto de nuestra atención el caballo doméstico que vive en el viejo continente, ese animal tan sumiso, tan identificado con las costumbres del dueño á quien obedece, tan sóbrio, puesto que se contenta con un poco de hierba ó de grano á horas determinadas, y tan noble y fogoso en medio de la docilidad de su carácter,

que desafía el peligro en la carrera ó en el combate, llevado de la emulación y del deseo de distinguirse entre los de su especie.

El caballo, aunque se le deje momentáneamente en libertad, no nos abandona nunca ni se aleja de nuestras casas para huir á los campos. Manifiesta, por el contrario, ánsia por volver á la caballeriza, siendo así que en ella no encuentra más que un alimento proporcionado á la economía y no á su apetito; pero el hábito le indemniza por una parte de lo que pierde por otra, pues llega agobiado de fatiga, y el sitio de descanso es para él un lugar de delicias. Le huele desde lejos, sabe buscarlo y parece que prefiere la esclavitud á la libertad, porque se ha formado una segunda naturaleza de las costumbres á que se le ha sometido. Se han visto caballos extraviados en los montes, relinchando continuamente para que los oyeran, y enflaquecer y extenuarse en la soledad y el abandono, no obstante tener allí abundancia y variedad de alimentos con que satisfacer su apetito.

Dadas estas condiciones, fácil es comprender el partido que el hombre saca de este precioso auxiliar deparado por la Naturaleza, el cariño con que le paga sus continuos é inapreciables servicios, y el esmero con que se consagra á perfeccionar su educación.

África y España han sido y serán siempre los países más célebres y renombrados del mundo para producir esta clase de animales. Los caballos árabes y los andaluces son los preferidos siempre para padrear, y el mérito de los ingleses consiste en que proceden de los primeros, en que los pastos de Inglaterra son excelentes, y en que allí es un verdadero arte el de cuidar los caballos, poniéndose especial esmero en renovar las razas para que no degeneren nunca.

De yeguas españolas y napolitanas y de caballos árabes nacen esos hermosos tipos como el que representa nuestro grabado, finos por todo extremo para echarles la silla, de formas esbeltas y elegantes, de pequeña y redondeada cabeza, de músculos de acero, ágiles, valerosos y flexibles en la carrera, sin espantarse de ruido alguno, sin detenerse ante los obstáculos, por insuperables que á primera vista parezcan, y siempre dispuestos á obedecer la mano del jinete y secundar rápidamente sus propósitos.

Estas cualidades reunidas hacen del caballo un elemento de gran valor y utilidad en el ejercicio de la caza. Además, y como valioso complemento de aquéllas, el noble bruto se enardece con el vértigo de la batida, se identifica con el anhelo del cazador que le monta, ve la presa que éste persigue, y sin arredrarle el cansancio ni los accidentes del terreno, le lleva con rapidez al punto que apetece, y sabe además luchar y defenderse de los ataques de la fiera ó de la pieza mayor que le acosa, cayendo á veces exánime y sin vida en lo más revuelto de un combate venatorio.

Los árabes y los ingleses son los que más utilizan sus magníficos caballos para las partidas de caza, sobre todo los primeros, para quienes el caballo es, permítasenos la frase, una parte integrante de su sér.

No hay árabe, por pobre que sea, que no mantenga caballo; pero generalmente no monta sino yeguas, por haberles enseñado la experiencia que resisten más el hambre, la fatiga y la sed, que son ménos viciosas y que relinchan ménos que los caballos, dejándose conducir con más docilidad y obediencia.

Los árabes conservan con gran cuidado, y desde tiempos muy remotos, los nombres de sus caballos, y conocen sus generaciones, sus alianzas y toda su genealogía. El acto de la cubrición de las yeguas y del nacimiento de los potros se verifica ante testigos que dan un certificado que visa el secretario del Emir, y este documento es el que le da valor en el momento de su venta.

Como la habitación de los musulmanes se reduce á una tienda de campaña, ésta sirve también de caballeriza, y en ella duermen la yegua y el potro con toda la familia, sin incomodarla en lo más mínimo.

Los árabes tratan á sus yeguas con mucha blandura y jamás las espolean sin necesidad; pero en cuanto se sienten tocar el ijar con el ason del estribo, parten con velocidad increíble, sin que haya vallado ni zanja que no salten con tanta ligereza como las ciervas, y si el jinete llega á caer, están tan bien enseñadas, que se paran de

repente aún en medio de la más vertiginosa carrera.

Lo mismo hacen algunos caballos ingleses, según hemos visto con frecuencia, en la caza de correr liebres, ó en la de perseguir zorras, á que se muestran muy aficionados.

El autor de nuestro grabado ha sabido reunir con tanto acierto como inspiración, en un alto de caza, esos tipos de fidelidad y de afecto para el hombre, reproduciendo la figura de un caballo suelto, que en todo piensa ménos en recobrar la libertad, y la de esos dos hermosos perros atraillados que esperan alerta la primera señal para lanzarse de nuevo en seguimiento de la caza á través de la llanura, ó en las ásperas malezas del monte.

C. F.

UN CORZO HERIDO.

(Véase la lámina de la página 53.)

El corzo es, sin disputa, uno de los animales más bellos de la creación.

Pertenece, como todos sabemos, á la familia del venado; pero no vive como éste en el paraje más sombrío de los bosques, porque la oscuridad le aterra, y al par que el alimento, necesita de aire y de luz, como si la luz y el aire fueran el complemento de su agreste vida. El follaje de los sotos nuevos es su mansión favorita; adora las colinas y las mesetas de las altas montañas, huyendo siempre de las selvas, viéndosele triscar y correr locamente por las inmediaciones de las tierras de labor, y en los sitios donde crecen las zarzas y las jaras con abundancia.

Tiene el corzo ménos estatura y ménos fuerza que el venado, pero le aventaja en donosura y en viveza. Es más alegre, más ágil, más elegante y redondeada su forma; sus ojos, más hermosos y brillantes, parecen animados de una exuberancia de vida que deslumbra, y es más rápido en los movimientos que el ciervo. La piel del corzo es limpia, lustrosa y de extremada suavidad, porque nunca se revuelca en el cieno, pudiendo decirse que en ella se refleja la pureza del aire que el animal respira, siendo, por último, muy astuto y muy diestro en burlar las persecuciones de los cazadores, aunque tiene el defecto mortal de dejar tras de sí unas emanaciones tan fuertes que enardecen á los perros hasta un punto inconcebible. Esta fatalidad la neutralizan los corzos con la rapidez vertiginosa de su primera carrera, y con rodeos tan multiplicados como caprichosos é imprevistos. No aguardan á que les falten las fuerzas para echar mano de sus ardidés; por el contrario, desde que comprenden que han sido infructuosos los esfuerzos de una fuga veloz, desandan el camino, vuelven y revuelven, y cuando con sus movimientos opuestos han confundido la dirección de la marcha, cuando han mezclado las emanaciones presentes con la pasadas, se apartan de la tierra con un brinco de costado, se echan al suelo, y agachados y sin moverse, dejan pasar el tropel de enemigos que les persiguen.

Si escapan del peligro, les falta tiempo para ir en busca de su familia, y no de su manada, porque los corzos no la tienen. En vez de formar sociedad como los ciervos y los gamos, no se reúnen más que con la corza y con sus hijos. Donde se ve á éstos, se ve siempre á sus padres hasta la época de la única brama que atraviesan durante el año. El corzo echa á los pequeñuelos de su compañía, como obligándoles á que cedan su lugar á los que han de venir y á que formen una nueva familia. Los hijos, sin embargo, pasado el período del amor, vuelan al lado de la madre, dejándola para siempre cuando pare, y estableciéndose por sí solos á gran distancia del sitio donde nacieron.

Los hombres, los perros y los lobos son sus tres enemigos capitales, siendo los últimos los que más destrozo causan en la especie de que nos ocupamos, porque los corzos, llevados del amor á sus pequeñuelos, se dejan matar por defenderlos, los cubren valerosamente con su cuerpo y rara vez evitan la catástrofe, que al fin sobreviene.

En las monterías tienen más recurso para sortear el peligro y preservar su vida, que naturalmente no pasa de quince años, y de seis ó siete cuando se les reduce al estado doméstico, diferencia que revela la índole montaraz de unos animales que nunca se resignan con el cautiverio, que jamás se doblegan á quien trata de avasallarlos, pre-

capitándose á veces con tal ímpetu contra las paredes, que se rompen las piernas sin lograr por ello quebrantar los límites de su prision.

En la primavera es fácil sorprender y dar caza á los corzos, porque comen los tallos y las hojas tiernas de casi todos los árboles, alimento muy cálido, que fermenta en el estómago embriagándoles de tal modo, que, sin saber donde van, salen del bosque y se acercan á los ganados y á las habitaciones.

Rara vez se les ve durante el verano en campo descubierto, porque se encaraman en lo alto de los montes, retiro que no abandonan sino en las grandes sequías, pues por poco abundante que sea el rocío, calman la sed con él, y no se acuerdan de bajar á las fuentes.

Al sentirse el corzo herido por la bala del cazador es cuando busca el agua con ansia, no sólo para salvar el recinto en que lo estrechan, sino para restañar la sangre que ha visto correr por su sedosa piel.

Herido va el corzo que aparece en la preciosa escena de montería que se reproduce con gran exactitud en la lámina que damos con el presente número.

Herido va y no levemente, á juzgar por la expresion de su mirada y la rigidez de su cuello; pero trance más grave que el de la herida es la vecindad de esos dos hermosos perros que han seguido la pista y que van á *cobrarlo* indudablemente sin auxilio de su jauría, que ya está llamando uro de los cazadores para que no se escape la pieza.

¡Trabajo inútil!

Se presiente y se adivina que el árbol y la ribera que en segundo término aparecen, serán al fin para el corzo perseguido el sitio donde dé el último paso, y el poético pedazo de tierra donde exhale el postrer suspiro.

F. C.

EL MES DE MARZO.

(Véase la lámina de la página 56.)

Ya estamos los cazadores mano sobre mano, como quien dice.

Ya está la escopeta envuelta en su funda, que nos produce el efecto de un sudario cubriendo los restos del objeto más querido; las grandes botas, que nos defendieron de la humedad, de la ruda maleza y de los guijos puntiagudos del monte, yacen tristemente en un rincón dispuestas á sufrir el desengaño del olvido; la manta jerezana, que tantas veces nos sirvió de mantel, y el capote de paño de Segovia, que fué tambien mullida cama, hecha de repente junto al tronco de una vieja encina, han ido á hacer compañía á los trajes del color de los montes en cada estacion con que hemos engañado la perspicacia de nuestras pasadas víctimas.

El morral parece un cuerpo sin alma; los cartuchos, que son gente muy reservada mientras no les urgan, no dicen siquiera «esta boca es mía», y los perros, como ministeriales en momentos de crisis, andan desatentados de aquí para allá, sin saber qué postura tomar, ni encontrar sitio que cuadre á su intranquilidad y su impaciencia. Cuando duermen, deben soñar sin duda con los episodios de las últimas cacerías, segun los gruñidos, los movimientos y el desasosiego de su ficticio reposo.

Ya todo pasó, y el ejército de cazadores ha depuesto las armas en un solo día y tomado sus cuarteles de primavera, porque estamos en Marzo, ó sea en el tercer mes del año, mes al que Rómulo dió el título de primero con una fuerza de lógica irresistible, figurando como tal en el calendario romano primitivo, y considerándosele así por casi todos los países cultos de la Edad Media.

Y hay una razon poderosa que lo justifica. En Marzo da los primeros vagidos la naturaleza, que ha permanecido en estado de gestacion desde Octubre. El cierzo es menos frio; el viento trae entre sus alas las moléculas de la vida; el cielo empieza á despojarse del ropaje ceniciento que le prestaron las nubes para pasar el invierno; la tierra se esponja en señal de gratitud al sentir los efluvios que anuncian la resurreccion universal; los labradores madrugan ya, y salen temprano de la majada para que los pastores lleven á los prados al ganado lanar, enriquecido con los corderos que nacieron en Diciembre y que ya pueden

comer la hierba aljofarada con el rocío; todo lo creado se dispone y se prepara, en fin, á llevar á cabo la operacion solemne de que depende la vida del universo.

El mes de Marzo es el mes de la siembra.

¿Por qué le consagraria Rómulo á Marte? ¿Qué analogía tiene el belicoso dios del paganismo con las pacíficas faenas de la agricultura? ¿Qué hay de comun, á no ser la materia de que se fabrican, entre la aguda lanza que da la muerte y la reja que abre el surco para que de él salgan los gérmenes de la vida?

No hemos podido nunca averiguarlo, ni nada dicen claro y concreto sobre ello los librotos que hemos consultado. El bautizo del mes se hizo en regla, y dejaremos descansar los manes de su augusto padrino.

El monte no se ha quedado triste ni silencioso porque nos hayamos ausentado de su recinto. En sus alegres plazoletas, en sus anchas alamedas y en los pliegues sombríos de sus pintorescas laderas suena el golpe seco del hacha del leñador, que despoja á los árboles de las ramas muertas, mientras por otra parte se cortan los chupones antes de que empiece el movimiento en la savia; se plantan varetas nuevas, se concluye el carboneo, se entresaca lo más espeso de la vegetacion, y se hacen regueras para dirigir bien las aguas torrenciales de la estacion que se aproxima.

Los bosques hacen su tocado como una coqueta, y los venados, al ver tanto preparativo, no quieren quedarse atrás; los viejos primero, y luego los jóvenes, se despojan en Marzo de sus cornamentas buscando los matorrales y los sotos claros, donde permanecen hasta que recobran su preciado adorno. Á las tres semanas empieza á retoñarle; en Junio y Julio, desarrollados los cuernos, los bruñen ellos mismos frotándolos contra los árboles, para entrar con más galanura de atavíos en sus campañas amorosas.

En este mes de Marzo suena la hora de la procreacion, y todos los animales sueltan sus cerdas más ásperas, sus pelos más fuertes y sus más toscas plumas, traje con que los preservó del frio la mano bendita de la Providencia, para trocarle por otro de más bellos y relucientes colores, que no es razon se presenten sucios y descompuestos en el campo de sus conquistas, dando lugar á que se avergüencen de ellos y se sonrojen las lindísimas flores que por entre las matas asoman ya sus matizadas cabezas, aún á riesgo de que se las corten esos vientos impetuosos que en Marzo se presentan, y contra los cuales no se puede murmurar, porque dice un refran tan antiguo como el mundo:

Marzo ventoso
Y Abril lluvioso,
Hacen á Mayo
Florido y hermoso.

Es una molestia precisa, y no hay más remedio que conformarse y encasquetar bien el sombrero en la cabeza, para que no vaya volando por esos aires con detrimento de nuestra salud y de nuestro bolsillo.

En cambio ayuda al labrador en su faena de sembrar á voleo el trigo, la cebada y la avena con que hemos de sustentar al ganado de labor, siembra la más trascendental de cuantas se hacen en el año, porque es la que tapiza los campos con espléndida alfombra, la que luego los convierte en mares ondulantes de ricas espigas; la que llena la era de apretadas gavillas; la que surte los espaciosos graneros; la que nos da, en fin, el pan, que es la base de la existencia del hombre.

Para que no le comamos seco, se apresuran los hortelanos á abonar sus tierras y á confiarles la simiente de rábanos, coles, nabos y remolachas. Antes de que llegue San José han de estar tambien sembradas las habas, los guisantes, las lentejas, las achicorias y los espárragos, y para que nada falte á tan previsoras preparaciones, se dedican unas cuantas tablas de la mejor tierra vegetal que haya para poner esas violetas de los frutos, que se llaman fresas, tan aromáticas y tan modestas como la florecilla, que se esconden bajo sus hojas verde oscuras, lo mismo que si no tuviesen mérito para luchar con las orgullosas frutas que las dominan desde la altura de sus árboles.

¿Qué se diría de una huerta sin fresales, y qué de un hortelano que no las plantase en los días primeros de Marzo!

Una porcion de picardías, justas, pero que no estamos

en el caso de repetir, para que nadie se dé por ofendido.

Dirijamos á los campos nuestra última mirada por ahora, y contemplemos el espectáculo que ofrecen, consolándonos así de nuestras angustiosas impacencias de cazador.

Los jardineros se dan prisa en arreglar los cordones de rosales que han de festonear graciosamente las lindes de las calles y paseos; trasplantan con incansable actividad los arbustos de hoja perenne, despues de arreglarlos con la tijera, y luego repasan las esportillas de simientes, con objeto de que la primavera no las sorprenda fuera de la tierra. Es preciso que haya flores, muchas flores, para adornar en Mayo los altares de la Virgen María.

Allá á lo lejos se oyen los cantos de los trabajadores, que dan la última poda á las viñas, poniéndoles rodrigones y binando el terreno con cuidado para que prospere la planta paradisiaca y no se desvanezca esa *sonrisa de la tierra*, como llaman á la vid las sagradas Escrituras.

Al canto de los alegres viñadores se unen los cacareos de las aves de corral, que han sacudido la pereza del invierno y ponen sus huevos en el sitio mas oscuro y abrigado que encuentran, ó buscan una cama para cobijar los destinados á la incubacion y que haya más adelante un regimiento de polluelos que puedan picotear en las mañanas de Abril, metiéndose por todos los rincones como la gente curiosa y entrometida.

En las vegas se siembran los linos que han de ir á dar juego á las rucas en el hogar, y los arboricultores se dan prisa en ingertar frutales y en ponerlos como Dios manda, pidiéndole en voz baja que los libre de gorrones y de chicuelos, cuando la ramas empiecen á inclinarse bajo el peso de sus azucarados frutos.

Apartemos ya los ojos de las escenas terrenales y pensemos en los misterios de la Redencion.

La Cuaresma ocupa todos los dias de Marzo del año presente, y justo es que elevemos nuestras aspiraciones y nuestros pensamientos hácia lo infinito, preparándonos á conmemorar el sublime sacrificio del Hijo de María.

Nuestra condicion de cazadores, capaces de alborotar el monte, no nos exime hoy del recogimiento en la ciudad y de la plegaria en el templo, que es el lenguaje de que se valen las almas bien nacidas para que suban sus manifestaciones hasta el cielo.

C. T.

EL CUERVO.

El cuervo tiene el pico recto, grueso, convexo y encorvado hácia la punta. Este género cuenta muchas especies.

El gran cuervo, como lo indica su nombre, es el más corpulento de todos y el más fuerte, y su plumaje del negro más puro. Como su vuelo es poderoso y como soporta sin dificultad las temperaturas más variadas, puebla toda la superficie del globo, desde el círculo polar hasta la extremidad meridional del África. Habita en los bosques y entre las rocas, y únicamente para buscar alimento baja á las llanuras, y esto muy raras veces en el invierno.

A pesar de esta vida retirada, se domestica fácilmente, y nadie ignora que aprende á hablar con poco trabajo. Plinio cita un cuervo domesticado, que en el reinado de Tiberio aparecia todas las mañanas en Roma, se paraba en la tribuna de las arengas, y saludaba por sus nombres al Emperador y á sus dos hijos Germánico y Druso. Habiendo sido muerta esta ave, el pueblo romano le hizo magníficos funerales, y su cuerpo, llevado por dos etíopes, fué seguido hasta la hoguera por una multitud innumerable, despues de haber despedazado al matador.

El mismo escritor refiere que otro cuervo, queriendo beber en un recipiente profundo, arrojó en él piedras para hacer subir el líquido hasta el alcance de su pico; hecho poco verosímil, pero que demuestra el grado de estimacion en que los antiguos tenían la inteligencia de estos animales.

Se citan varios ejemplos de su cariño hácia las personas que los cuidan. Schwenckfeld, en su *Historia de las aves de Silesia*, refiere que en más de una ocasion algunos cuervos domesticados, que se habian dejado arrastrar por sus congéneres libres para emprender de nuevo la vida sal-

vaje, habiendo despues de algun tiempo reconocido á sus amos en el campo, habian venido á posarse sobre ellos y se habian dejado conducir de nuevo á su casa. ¿Quién no recuerda al cuervo de Valerio, que mientras que su amo luchaba con un galo, no cesaba de atacar á su enemigo, hiriéndole en el rostro y en las manos?

En efecto, los cuervos son muy valerosos, y domesticados, no temen ni á los gatos ni á los perros. Su valor y su inteligencia han sido causa de que se empleen en la cetrería con provecho.

Plinio cita un tal Cratero, que era gran maestro en este arte. Scaligero habla de un rey de Francia que se servía de ellos para cazar perdices; el duque Alberto los empleaba en perseguir faisanes.

El cuervo es carnívoro; los cuerpos medio corrompidos son su alimento ordinario; su olfato es muy sutil; se pretende que huele los cadáveres desde una legua, y como es por todo extremo desconfiado, huye en el momento en que ve á un cazador, mientras que un hombre puede acercarse á él con un palo. Parece indudable que huele la pólvora.

A pesar de lo que afirman algunos, los cuervos no emigran, y se fijan para siempre en el sitio en que nacen.

El cuervo representa un papel importantísimo en el arca de Noé. Como la paloma, sirvió para descubrir la tierra.

La Islandia se descubrió hacia el año 864 por un caballero llamado Rabna Floki, uno de los primeros que emprendieron un viaje de descubrimientos. No teniendo brújula y no sabiendo con exactitud dónde estaba la tierra que buscaba, tomó á bordo tres cuervos consagrados. Habiéndose hecho á la vela, dejó volar una de las negras aves, que no tardó en volver, juzgando sin duda que no estaba aún á la mitad del camino del viaje; más lejos soltó el segundo, que, despues de haber descrito varios círculos en el aire, volvió á bordo, como si hubiera dudado en salvar la distancia que lo separaba aún de tierra. Por último, el tercero, al obtener su libertad, voló y desapareció hacia el Oeste. Siguiendo esta direccion, Rabna Floki descubrió la Islandia.

Ahora bien, ¿qué extraño es que con estas condiciones se le haya mirado en todas partes con la mayor predilección? ¿Cómo admirarse de que en su plumaje, en su grito lúgubre, en su porte sin nobleza, en su mirada feroz, en el olor infecto que exhala, en sus cantos y en sus acciones se haya visto el presagio de desgracias reales ó imaginarias?

Este ave, sensible como la que más á la influencia del elemento en que habita, anuncia las variaciones por acentos y acciones que tienen su significado particular á los ojos de los hombres dados á la pretendida ciencia de predecir lo venidero.

Así es que la suerte del cuervo varía segun los países en que habita, protegiéndole en unos y arrojándole de otros.

En Inglaterra está prohibido hacerle ningun mal, y esta proteccion está motivada en que come los animales muertos que inficionan el aire. También se le respeta en Suecia y es muy estimado en las Indias.

Por el contrario, se le extermina en la isla de Feroe, á causa del daño que causa á las ovejas, y está en uso que ciertos días del año cada habitante lleve al tribunal de justicia un pico de cuervo. Con todos ellos se hace un monton y se queman. A los que no contribuyen con su contingente se les impone una multa.

Los cuervos, numerosísimos en la isla de Feroe como en Islandia, se arrojan, en efecto, sobre los corderos, y despues de haberles sacado los ojos para impedirles que huyan, se los comen, á no ser que los campesinos, siempre en acecho, acudan en auxilio de los pobres animales.

Muchos sabios aseguran que en todos los países los cuervos, impulsados por el hambre, se arrojan hasta sobre los asnos y bueyes, y que les arrancan pedazos de carne á picotazos. Levaillant refiere que en África matan las gacelas. Tienen además el instinto de la prevision para el porvenir, y ocultan los comestibles que pueden necesitar.

Estas aves saben inspirarse un amor constante y forman alianzas duraderas. Cada macho tiene su hembra, á la que permanece unido muchos años seguidos, y sus

mutuas caricias son como las de las tórtolas, muy voluptuosas.

El nido lo construyen en los árboles más elevados, en las rocas más escarpadas y en las torres más altas; en él la hembra pone de tres á seis huevos verdosos, irregularmente manchados de puntos oscuros, que empolla unos veinte días, con los cuidados y solicitud del macho.

Segun se dice, el cuervo vive cien años.

Para terminar, diremos á nuestros lectores que pocas aves tienen una historia tan completa y tan maravillosa como la del cuervo; así es que no puede causar á nadie admiración el que este célebre animal haya atraído la atención, tanto de los más renombrados naturalistas como de los curiosos. Nada se ha olvidado para conseguir el estudio más acabado de sus costumbres. Dupont de Nemours ha compuesto un diccionario del lenguaje de los cuervos; para llevarlo á cabo, se fué á vivir al campo, y durante dos años consecutivos estudió incansablemente los gritos y la vida de estos animales.

Hemos querido dar á conocer este ave á los cazadores, para que sepan á qué atenerse respecto de ese pájaro negro que tienen siempre, en todos los campos y á toda hora, constantemente á la vista.

V. C.

LOS TRABAJADORES DEL ESPACIO.

En los raros intervalos que las nubes dejan limpia la bóveda azulada del firmamento, nótase en ella una pureza y una transparencia y un color que no habia tenido desde que en otoño se presentaron en la naturaleza los primeros síntomas de esa catalepsia que sufre todos los años, y que se llama *el invierno*.

Al rededor de los aguaderos, y en los sitios más reservados de los vientos del Norte, se oyen de vez en cuando algunas notas que preludian el concierto mágico que se prepara, del mismo modo que los instrumentos musicales anuncian siempre con acordes aislados el principio de la celebracion de una fiesta.

Las praderas empiezan á cubrirse de un tinte verde, que le prestan la hierba y las hojas de las flores silvestres, como testimonio y prenda segura de la esperanza.

El rocío no se congela, la tierra abre ya su seno generoso, y no se endurece, como ántes, al contacto del aire; las yemas de los árboles se hinchan para dar pronto á luz el tesoro de sus variados frutos, y el sol todo lo vivifica con su aliento, porque quiere que los palacios campestres estén bien dispuestos para recibir á su favorita, á la predilecta de sus estaciones, á la risueña y bienhechora primavera.

Las aves son las que muestran mayor actividad en sus trabajos y preparativos.

Los pinzones ensayan, con ruidosa algarabía, los cantos que ya tenían medio olvidados á fuerza de no ejecutarlos en tanto tiempo, y las cornejas se dan prisa para ser, como siempre, las primeras en fabricar sus nidos.

¡Sublime espectáculo, á la verdad, el que ofrece la construcción de los dormitorios aéreos de esas interesantes familias, cuyas alas son el símbolo más elocuente de la libertad y de la independencia!

Empieza la corneja, como la nevatilla y el cuclillo, por inspeccionar los nidos antiguos; los que permiten reparación se reparan al instante; los que están casi destruidos se demuelen, y los materiales utilizables se emplean en las obras nuevas.

Si el nido se halla en buen estado, si el huracán no ha agrietado sus paredes, ni la nieve ni las aguas han humedecido por dentro y profanado aquel asilo de tiernísimos amores, entonces ¡cuántos gritos de alegría, cuánto volar y revolotar alrededor de la rama que lo sustenta! Porque, como dice Delille:

Tras larga ausencia, presurosos buscan
Su árbol hospitalario, el embeleso
De la familia, y hállanle y olvidan
La soledad del aterido invierno.

En la edificación de los nidos toman parte activa todos los miembros de la familia, acarreando materiales, unos con el pico y otros con las patas. El armazon de carpintería se compone de ramitas de abedules, álamos blancos

y otros árboles, enlazadas de manera que resistan un peso tres ó cuatro veces mayor que el de los pájaros, que van á ser los moradores de la vivienda. Ésta no se recomienda por la elegancia ni el buen gusto, pero sí por su solidez, y eso es lo que necesita el pintoresco alarife del espacio.

En estas casitas, hechas con tanta conciencia, es donde las cornejas ponen de cinco á seis huevos del tamaño de los de paloma, viniendo despues de ellas las maricas y los mirlos á elegir domicilio en las copas de los álamos más altos, poniéndose fuera del alcance de nuestras escopetas.

La prudencia es la madre de la seguridad, y esto lo saben muy bien los pájaros sin necesidad de que nadie se lo enseñe.

Las maricas son más refinadas en sus gustos, y sobre todo, mejores arquitectos que las cornejas, pues mientras éstas duermen á la intemperie confiando en que el cielo primaveral no ha de afligirlas con sus rigores, aquéllas, más previsoras, construyen una techumbre que cubre el nido con tanta amplitud como los tejados á las granjas suizas, revistiéndolo exteriormente de materias impermeables. Además, y junto al boquete de entrada, hacen una mirilla, donde se coloca la que está de guardia.

Desgraciado mil veces del gavilán ó del mochuelo que se arriesga á ir sólo á atacar un nido de maricas, porque éstas combaten *pro avis et focis*, y no tienen escrúpulo en pelear diez contra uno.

Los mirlos, verdaderos sibaritas entre la gente de pluma, hacen sus nidos con un esmero y un primor que exceden á todo elogio. Paja, heno, lana, musgo y crin, todo es bueno para ellos con tal de que sea sólido, caliente y mullido. Pero los pobres mirlos, tan ligeros, tan aturdidos y tan irreflexivos como los estorninos, se establecen en arbustos y matorrales al alcance de los chicuelos, que les hacen una guerra cruelmente encarnizada.

Las tórtolas y las palomas campesinas no se distinguen por la perfección ni el cuidado en el arte de nidificar. Unas cuantas ramas y algunas aristas secas puestas de cualquier modo; hé aquí la cuna y el hogar de la familia futura. Es un milagro que los huevos y los pequeñuelos no se hundan al menor movimiento.

Parece increíble que tórtolas y palomas, tan poéticas, tan amorosas y tan tiernas en la expresion de sus afectos, no se preocupen más de la edificación de lo que ha de ser templo de su dicha.

Las perdices, las codornices y las alondras se refugian en lo espeso de los trigos y de la avena, ó en lo más accidentado de las praderas artificiales, huyendo siempre de la proximidad á las casas de campo donde abundan los perros y los gatos, infames bandidos que se deleitan con la carne de los perdigoncillos.

Mientras más desprovistas están las aves de medios naturales de defensa, más parece que se ha esmerado el Creador en aumentarles las facultades de reproducirse. Así es que mientras los cernícalos, los gavilanes, los buitres, los milanos y otra gente de mal vivir, en los dominios del espacio, no producen más que dos ó tres huevos en cada postura, las perdices, los faisanes y los demas gallináceos ponen diez, doce y algunas veces hasta quince ó diez y seis, trabajando muy poco en la fabricación del nido, que forman de hierbas secas y nada más.

No son tan descuidados é indolentes los pinzones y los jilgueros. Sus nidos son obras maestras de perfección y elegancia, la de los pinzones especialmente. Despues de elegir la mejor rama de un manzano ó de un peral, sale el pinzón á buscar lana y plumas, con las que hace un colchoncillo precioso rodeado de musgo y de hojas del mismo árbol que le sirve de domicilio, dispuestas con tal arte y disimulo, que se pasa veinte veces junto al nido sin descubrir el sitio en que se encuentra.

Los gorriones, que son unos aventureros y unos truhanes, construyen el nido en los árboles, en los huecos de los paredones, en los techos de las casas, en cualquier parte, en fin, sin cuidarse para nada de preservarlos de sus enemigos. Bien es verdad que, si al volver de sus correrías no encuentra más que cascarnes, hacen otro nido y otra postura, sin importárseles un ardite las peripecias del drama. Esta raza de insolentes y atrevidos merodeadores no se extinguirá nunca.



UN CORZO HERIDO.

Las currucas y los verderones se cobijan bajo las matas, y los pardillos van á refugiarse á las viñas, mientras que la oropéndola cuelga su habitacion en las ramas de los árboles más añosos y robustos. El nido que fabrica es una maravilla de arte, y consiste en una especie de columpio suspendido de la rama por medio de filamentos muy flexibles y solidificados con la goma que despiden los ciruelos y los cerezos. Para apoderarse del nido de la oropéndola, no hay otro arbitrio que cortar la rama de donde cuelga.

Los huecos de los árboles y los aleros de los tejados son los lugares que eligen los buhos, las lechuzas, los mochuelos y otras aves nocturnas, espanto de los chicos y de las mujeres, pero vecinos utilísimos de las granjas y cortijos, segun la enorme cantidad de ratas y ratones que destruyen.

El temor de ser demasiado difusos nos hace poner punto final á esta breve excursion por el mundo ornitológico.

Seguid en buen hora vuestra interesante faena, incansables trabajadores del espacio y alegres precursores de la primavera feliz que poco tardará ya en perfumar el ambiente con la fragancia de sus flores.

Seguid construyendo vuestras poéticas moradas. Ya las noches son silenciosas, apacibles las mañanas y las tardes tranquilas, como si el viento y la lluvia quisieran escuchar el dulcísimo lenguaje de vuestras arpadadas lenguas.

Pronto oiréis el canto divino de ese Orfeo de los bosques, que se llama el ruiseñor, y entonces unid vuestras melodías á las suyas y apresurad vuestros trabajos, porque habrá sonado la hora de la resurreccion completa de la naturaleza.

T. C.

CASINO DE CAZADORES DE VALENCIA.

SESION DE INAUGURACION.

Discurso pronunciado por D. Eduardo Vilar, secretario de dicha Corporacion.

Si el representar esta Corporacion en el solemne acto de su apertura, fuera honroso cargo para cualquiera de sus miembros, lo es para mí mucho más, siendo el último de sus socios.

No es el vano afán de la exhibicion, ni el deseo de lucir mis escasas dotes oratorias el que me trae á este sitio, que cualquiera de vosotros hubiese ocupado con más lucimiento; es mi cargo de secretario el que me impone tan alto deber, que procuraré llenar en cuanto me sea posible.

Voy á empezar, señores, por donde empezó nuestra Sociedad.

En los días 11, 12 y 13 del mes de Octubre apareció en los periódicos de la capital el siguiente anuncio.

« Á LOS CAZADORES.—Autorizados legalmente por el Sr. Gobernador civil de la provincia para provocar una reunion pública en los claustros de la Universidad literaria el día 14 de los corrientes, á las seis de la tarde, se invita á la misma á todos los aficionados para tratar de un Casino ó centro de recreo referente á caza y pesca.

Valencia, 7 de Octubre de 1878.—Tomás Perelló.—Benjamin Serrano.—Luis Catalá.—Fernando Laselva.»

A estos señores, pues, es debido, si no la iniciativa del pensamiento, que há tiempo hervia en la imaginacion de los más vehementes aficionados, cuando ménos, la iniciativa de los trabajos que vinieron á poner en práctica, á llevar á cabo, á que fuese un hecho lo que hasta entonces habia sido tan sólo una idea nacida en los cerebros de los más ardientes secuaces de San Huberto, patron de los cazadores, y alimentada al calor del espíritu venatorio, tan altamente desarrollado en la raza africana, cuya sangre todavía circula por nuestras venas en los habitantes del Mediodía de nuestra querida España.

Al llamamiento de dichos señores acudieron gran número de entusiastas, representando todas las clases sociales; pues si en algun tiempo este noble ejercicio fué patrimonio exclusivo de los magnates, que, acompañados de sus halconeros y de su inmenso séquito, lanzábanse al campo en busca de aventuras de todas clases; si en épocas anteriores la amena distraccion de la caza era del solo dominio de los señores feudales, cuyos vasallos ha-

cian sonar sus cuernos á los primeros albores del día desde lo alto de las vetustas torres del enrisado y sombrío castillo feudal, haciendo saber á todo aquel vasto territorio que, acompañado de su numerosa servidumbre, iba á salir en persecucion de una res el dueño de sus vidas y haciendas, el señor de horca y cuchillo; hoy el incansable progreso, las reformas político-sociales, aclarando los deberes y derechos del hombre, suprimiendo infundados y vergonzosos privilegios que envilecian al vasallo por el simple delito de no haber nacido noble, hoy, repito, en todas las clases de la sociedad es igual el amor á la caza y el derecho de ejercitarla legalmente, con mayores ó menores medios, pero siempre constantes y siempre confiados en que la diversion de un buen día ha de compensar sus desvelos, ha de llenar sus aspiraciones y ha de satisfacer tan noble aficion.

Reunidos ya bajo un mismo techo, con idénticas aspiraciones, con un interés comun y con un deseo unánime de que el pensamiento fuera un hecho, tuvo lugar la primera reunion en la Universidad literaria el día 14 de Octubre, cuya acta constará siempre en los archivos de la Corporacion, y si un día esta Sociedad llega á engrandecerse; si un día llega á extender sus alas, cobijando en ellas multitud de socios; si un día llegará á hacer eco en el mundo, permitiéndole sus fondos realizar las empresas, todavía en embrion, que en estudio tiene para el bien de sus asociados, recordará con orgullo su modesta cuna y que hasta el local en donde nació no fué propio, sino prestado.

Tal fué la armonía de pareceres en esta reunion, y tal la unidad de miras en los allí congregados, que se discutieron con facilidad puntos de importancia suma y de tan trascendental interés, que han dado el resultado que estais viendo, en breve tiempo realizar una empresa tan deseada por los cazadores entusiastas de esta capital.

Sin levantar la sesion á que me refiero, abriéronse listas, que fueron suscritas en aquella misma noche por ciento veinte socios, y eligióse de entre ellos una comision, que, á título de organizadora, interviniese y procurara vencer cuantos obstáculos pudieran presentarse á la realizacion del pensamiento. Deben constar los nombres de estos señores, pues han llevado un ímprobo trabajo, y la Sociedad les debe en gran parte su pronta realizacion. Perelló, Serrano, Almenar, Codoñer, Vizcaí, Pardo, Andres, Albors, Quizá; hé aquí sus nombres, y ademas el que en este momento tiene la honra de dirigiros la palabra.

Á partir de esta primera reunion, desplegó tal actividad en sus trabajos la Comision organizadora, que en breve volvió á llamar á junta general para dar cuenta de ellos y poner en planta sus estudiados proyectos.

En una noche lluviosa y desapacible tuvo lugar la segunda junta general, en el mismo local que la anterior, el día 4 de Noviembre. Dos asuntos de interés candente para la vida de la Sociedad habia que tratar en ella; el primero, la creacion y recaudacion de fondos; el segundo, la eleccion de Junta directiva. El primero era echar los grandes cimientos á nuestro edificio; el segundo, elegir las inflexibles y sólidas columnas que con su fuerza moral habian de sostenerlo.

Acuerdo unánime allanó tan difíciles asuntos, y eligióse una Junta directiva. Salvo mi humilde personalidad, no podian designarse personas de mayores garantías y de más recto criterio para regir los destinos de la Corporacion. La creacion de acciones, como medio de allegar fondos, no dió resultados ménos favorables, y á la simple iniciativa acudieron presurosos nuestros asociados á contribuir espontáneamente con su óbolo á la pronta organizacion de nuestro Casino.

Pocos días habian trascurrido cuando la diligente Comision organizadora, préviamente autorizada por la Junta general, puso en ejecucion ambos extremos: el primero, dando posesion á la Junta directiva, y ésta, á su vez, nombrando una subcomision que debia redactar el reglamento; el segundo, imprimiendo y emitiendo mil acciones, con cuyo producto habia de realizar sus proyectos.

Con tan sólidos elementos continuó la Comision incansable en el trabajo, venciendo obstáculos y allanando dificultades, hasta que el día 31 de Diciembre pudo disponer de casa social donde sentar sus reales y donde desarrollar el trabajo material, producto de su constancia. En

breve tiempo trasformó la casa. Instalacion del gas, mueblaje, decorado, y hasta los más insignificantes detalles, fué obra de pocos días, y siempre marchando unidas esta Comision y la Junta directiva, no hubo jamas proyecto infundado ni hecho contraproducente. La Subcomision de reglamento, por su parte, no demostró ménos actividad, y tan difícil mision, como es la de legislar una Corporacion, fué acertadamente desempeñada, en vista de lo cual se citó la tercera y última Junta general para que, prévia su discusion y aprobacion, fuese nuestro reglamento elevado á la autoridad superior de la provincia, sin cuya conformidad no debiamos continuar nuestra empresa.

Convenientemente decorado el salon de la casa social y con una numerosa concurrencia, tuvo lugar la tercera junta general el día 14 de Enero del presente año. Nuestro digno Presidente manifestó en un breve discurso la satisfaccion que le producía dirigirse por primera vez á nuestra Corporacion desde el sillón presidencial. Demostró la necesidad que Valencia sentia de una Corporacion de esta índole, elogió en extremo los trabajos de la Comision organizadora y terminó proponiendo un voto de gracias para la misma. Siguió despues la lectura del reglamento, que, con ligeras modificaciones, fué aprobado.

Imposible parece, señores, que en un reglamento de noventa y cinco artículos reinase tal acuerdo, pero es muy sencilla la explicacion. Por más que algunos de sus artículos estuviesen en extremo rígidos en concepto de cualquier socio, ¿qué le importa al que piensa obrar bien que la ley sea rigurosa? ¿qué le importa al hombre honrado la severidad del Código Penal? Hé aquí, señores, explicada la causa de la unidad de pareceres. Todos nuestros asociados miran el bien de esta Sociedad, todos ellos desean su próspera vida.

Despues de esta sesion fué ya un hecho la creacion de nuestro Casino; la autoridad tuvo á bien aprobar nuestro reglamento y se ultimaron los preparativos para inaugurarle oficialmente como todos deseabamos. Ya estais viendo, señores, que no es posible en ménos tiempo y con ménos medios realizar tantos hechos. Voluntad firme y actividad en ejecucion por parte de la Comision organizadora; generoso desprendimiento y confianza ilimitada en sus representantes por parte de la Junta general.

Os he presentado, señores, la Sociedad ya constituida y próxima á levantar su vuelo cual águila corpulenta que dirige sus alas á las más altas regiones. Os he bosquejado la memoria de los trabajos realizados para instalarla; réstame todavía demostraros dos cosas, su objeto y su necesidad.

Ahora bien, señores, ¿es nuestra sociedad tan sólo un centro de recreo de los que abundan excesivamente en nuestra capital, sin más objeto que el de entretener los ratos de ocio? Seguramente que no. Ajena por completo á la política, lejos de ese embravecido mar en el cual como espumosas olas se revuelven confundidas las creencias, las ambiciones y las pasiones, su mision gira en una esfera, si bien limitada, de vital interes para nuestros asociados. Fomentar la caza, vigilar la observancia de las leyes, proteger los intereses de los socios; hé aquí una serie de trabajos que la Corporacion llevará siempre dando impulso á su ejecucion desde el salon de la casa-social. ¿Y es posible que nosotros podamos ejercer tal influencia desde el divan de nuestros salones? Lo es, señores. Nadie ignora que la práctica de la agricultura, de la horticultura, de la botánica, etc., tiene su asiento en las poblaciones rurales, tiene su ejecucion en los desiertos y zonas más apartadas de las grandes capitales, y sin embargo, los mayores progresos para su aplicacion, custodia y desarrollo, nacen en los gabinetes del químico observador, del letrado legislador y del estudioso botánico; se presentan y se discuten despues en las sociedades científicas que encierran en su seno las grandes ciudades, y el industrial que los pone en ejecucion disfruta automáticamente los inmensos beneficios que han tenido su origen en el aristocrático salon de una capital. Ved aquí, señores, explicado lo que parece difícil á primera vista, que podamos nosotros influir en gran manera, desde nuestro Casino, á proteger los intereses del cazador, á fomentar tan higiénico ejercicio, y hasta aumentar la caza en nuestra zona.

Yo comprendo que los gobiernos de nuestro país, azorados por los continuos vaivenes de la política, miren la

caza como cuestion muy secundaria al lado de los importantes asuntos de la nacion; pero, á pesar de esto, repito con nuestro malogrado general Milans del Bosch, tan distinguido cazador como eminente militar: «Ciertamente, dice, es digna de notarse la extraña anomalía de que entre tantos reyes cazadores de España y Francia, que han tenido empeño en ser llamados restauradores de algo, no haya habido uno hasta hoy que haya querido ilustrar su nombre con el glorioso título de restaurador de la caza.»

Por otra parte, se me ocurre la siguiente consideración: si la explotación de las minas, la reproducción y fomento de la ganadería, etc., son grandes ramos de riqueza para una nación, ¿por qué no lo ha de ser también la conservación, aumento y explotación de la caza? Seguramente que los economistas nacionales no han estudiado este importante ramo, y al fijarse nuestros gobernantes, como se han fijado no há mucho en la distribución de aguas, en repoblar los montes y otros veneros de riqueza del país, tan en contacto con el nuestro, ha quedado éste sumido siempre en el mayor olvido. ¡Quiera Dios que la nueva ley de caza, sobre la que ya se ha pedido dictámen á nuestra Sociedad, sea una verdad, y al ponerla en práctica, comience una nueva era de persecución al matuterismo, y protección al arte venatorio! Con qué gusto veríamos entonces, como se ve en países extranjeros, constituir una fiesta nacional la terminación de la veda.....!

Nuestro Casino se propone este objeto como asunto principal: la observancia de la ley; pero además, mezclando lo útil con lo recreativo, asociar al centro de recreo un centro instructivo, poniéndonos en relación con las demás sociedades venatorias, conocer sus planes, estudiar sus medios de caza y tener además un gabinete de lectura, origen y fuente de todos los progresos, en el que tenemos ya, aparte de los periódicos de la localidad, LA ILUSTRACION VENATORIA, La Revista Sevillana de Caza y Pesca, El Campo, La Chasse Illustrée de la vecina República, y algunos otros que irémos adquiriendo en armonía con los fondos de que dispongamos.

Ya veis el objeto de nuestra Corporación, ya conocéis sus elevados fines. ¿Debo ahora esforzarme en demostrar su necesidad?—Creo que sería inútil. Vosotros, que insensiblemente os buscabais siempre atraídos por una incomprendible fuerza; que á determinadas horas del día os reuniais en los puntos de venta del mercado de caza, de noche en las casas de los armeros, sin más afán que conversar de nuestra afición favorita, que comentar hechos notables de caza y pesca, sin otro fin que organizar expediciones para el día siguiente, para la semana entrante; vosotros mismos, que cuando esperabais un día, indeciso todavía para una gran tirada, anhelabais siempre noticias sin tener punto fijo donde encontrarlas; que cuando no habíamos podido asistir á una cacería ó á una tirada, ansiábamos pormenores y detalles de la jornada, buscando á su regreso á los afortunados que habían concurrido. Y para todas estas y otras mil y mil necesidades de nuestra vehemente afición, no teníamos un punto determinado donde correr á reunirnos, no teníamos una fuente donde apagar nuestra sed venatoria; faltábanos en esta capital, en donde el amor á la caza es tan grande como el amor á la patria, tener representantes encargados de comunicarnos oficialmente todo lo que puede interesarnos, faltábanos también... ¿Pero á qué intento demostraros la necesidad de lo que vosotros mismos habeis hecho?

Creo, señores, estar ya abusando de vuestra benevolencia y voy á terminar. Permitidme el último párrafo.

Si «l'union fait la force», como dicen allende de los Pirineos, nuestra Corporación unida y marchando siempre en aumento, podrá tener, por una parte, representantes cerca del gobierno central, de los gobiernos civiles, diputaciones, etc., con cuyo apoyo y vigilancia no quede impune ningún abuso; y por otra parte quizás un día pueda disponer de fondos con que sufragar gastos de arriendo de cotos, lagunas ú otros cazaderos del dominio exclusivo de nuestros socios. Y viendo entonces más palpablemente las ventajas de nuestra Sociedad, recordarán con agrado la apertura del Casino de Cazadores de Valencia.

MI DESPEDIDA Á SIERRA-MORENA.

Si esclavo del deber no me creyera,
Tranquilo y resignado
Mi desgraciada suerte maldijera
Y mi sino malvado.

Tiránico prefacio
De amarga verdad lleno,
Que he trascrito al papel en el espacio
De dos ó tres renglones,
Casi dando en la llaa con el dedo;
Pues como ni siquiera baron soy
Más que con V muy neta,
Y de la caza disfrutar no puedo,
Porque tengo en mi apoyo esas razones,
Despidome sereno,
Y brevemente voy
A regalar pertrechos y escopeta.

Ya no veré del monte en la espesura
El juaguarzo, la murta, la sabina,
La meloza, la jara, ni el lentisco,
O del breñal en otra derechura
La muy vellosa aulaga
De puntiaguda espina
Que es para el pié una plaga.

Ni tampoco veré ¡quién lo dijera!
Saltar de la charneca ó del torvisco,
Más que el viento ligera,
La asustadiza liebre
Con la oreja tendida,
Burlando la malicia del sabueso,
Quien en su fiero instinto corre y late
Con ardorosa fiebre,
Por medio del salado y del cantueso,
A cortarla en la huida,
Aunque luego le salga un disparate.

Ni fumando un cigarro
He de colgar gustoso en el chaparro
El perdigon valiente y pendenciero,
Que el celo le atormenta,
Y que pide la guerra reclamando
De mayor, de embuchada ó de piñones,
Con intencion cruenta;
Pues junto al verdinero,
En la espera de bravos temerones,
Su pico de coral está azuzando.

Ni en mi puesto, formado
De tomillo y retama,
Romeros y coscojas,
He de estar apostado
Sintiendo los lamentos y congojas
De la pobre perdiz, que triste llama
Con un sutil ajeo
(Barruntando tal vez el espoleo)
Al macho, su pareja,
Que se corre á la plaza riteando
Y de la lid un ápice no cede,
En rifa prolongada de pié dando.
Ni menos tiraré en los encinares,
Poblados de acebuches y agracejos,
Los tímidos conejos
Que se arrancan á pares.

Ni oiré de los arroyos el murmullo
Que lleva siempre el agua en su corriente;
Ni á las sentidas tórtolas cantando
Sus penas y recelos tristemente
Con monótono arrullo,
Endecha tras endecha recalcando.

Ni he de hallar á mi paso el terebinto,
Ni el madroño, ni el pino,
Ni el brezo, ni el enebro,
Ni de ese pintoresco laberinto
Levantaré la zorra, haciendo un quiebro
Con aire socarrón y peregrino,
O alguna contradanza;

Ni.... pero basta ya, por mi Patrono,
Y al comienzo me ajusto sin encono.
«Si esclavo del deber no me creyera,
Tranquilo y resignado
De mi sino malvado
Y desgraciada suerte maldijera.»
Mas como la esperanza
En mi pecho guardada no cercena,
Me despido de tí, Sierra-Morena,
Hasta cuando Dios quiera.

ANTONIO RUANO QUINTANA.
(Málaga.)

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 21 DE FEBRERO.

No asistió al Tiro más que el Sr. Dubosc (socio de Jerez), el cual tiró once pájaros, de los cuales mató cuatro.

TIRADA ORDINARIA DEL DIA 28 DE FEBRERO.

Asistió al Tiro el Sr. D. Eduardo Anspach, el cual mató cuatro pájaros de once, á 32 metros, y ocho de nueve, á 29 metros.

Y el Sr. D. Antonio Soriano, el cual mató tres pájaros de cinco, á 22 metros. No habiéndose verificado ninguna piña, por no haber concurrido al hipódromo más que los dos señores citados.

En la primera quincena del próximo mes de Marzo se reunirá esta Sociedad en Junta general, con objeto de presentar las cuentas la actual Junta directiva, y elegir y nombrar los señores que han de constituir la que ha de funcionar durante el año que empezará el día quince del citado mes.

COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

PERDICES AMURALLADAS.

Después de procurarse un par de perdices, lo cual es difícil por cierto en los tiempos de veda que corremos, se despluman y limpian perfectamente, rellenándolas después con carne de vaca muy picada revuelta entre pedacitos de jamón y de tocino rancio.

Hecha esta operación y cosidas las perdices, se frien, pero ligeramente, en manteca de cerdo, cociéndolas luego en poca agua, sal, especias y dos hojas de laurel. Algunos momentos antes de servir las perdices en salsa hecha con huevo y harina tostada, se les saca el relleno, se parte éste á pedazos, y en unión de otros de pan frito se las rodea con una especie de muralla, de modo que no dejen al descubierto más que la pechuga.

Hay gastrónomos que prefieren comerse la muralla y dejan la carne succulenta de la perdiz; pero, como dice el proverbio, «de gustos no hay nada escrito».

PICHONES DISFRAZADOS.

Este guiso, bajo el punto de vista de la época actual, es más ortodoxo, y se puede recomendar francamente á nuestros lectores.

Una vez limpios los inocentes animalitos, porque la limpieza es la base de toda buena cocina, se untan perfectamente con vinagre de uva para blanquearlos, dándoles un par de vueltas con manteca en la sartén, de donde se sacan al momento para que no se doren. Colócanse luego en una cacerola preparada con tocino, y se cubren completamente con lonjas de éste y con pedazos de jamón magro, de modo que desaparezca á la vista el cuerpo del ave.

Así que están á punto, se sirven con guisantes cocidos aparte y aderezados después con la grasa que sirvió para freír los pichones.

LENGUADOS Á LAS FINAS HIERBAS.

Se hace en la cazuela una salsa de manteca y hierbas finas, ajos, sal y pimiento picado, y allí se echan los lenguados cubiertos de pan rallado y mostaza derretida. Dispuestos de tal manera, y con un poco de vino blanco, se meten en el horno, á que adquieran su punto á fuego lento, y se sirven con zumo de limón.

GACETILLA.

¡BIEN POR EL ALCALDE DE BARCELONA!—Leemos en los periódicos de dicha ciudad el siguiente bando:

«Llegada ya la época de la veda y hallándose en consecuencia prohibida por la ley de 10 de Enero último, y miéntras aquella dura, la venta de caza viva ó muerta, esta Alcaldía hace público que quedan comunicadas las órdenes oportunas para el decomiso de cuantas piezas de dicha clase traten de introducirse en esta ciudad ó se presenten á la venta en los mercados y para el castigo á los respectivos introductores ó vendedores, en la forma que disponen los artículos 45 y 46 de la citada ley. Barcelona, 21 de Febrero de 1879. El Alcalde accidental, Enrique de Durán.»

En todas las poblaciones se publican bandos análogos.

¡DURO CON LOS INFRACTORES DE LA LEY!—Segun dice el Eco Guixolense del domingo último, varios sujetos que se entretenían en las cercanías de San Feliu de Guixols cazando pájaros con redes, contra lo que dispone la ley de Caza, fueron detenidos por la Guardia civil, la cual se apoderó de catorce redes y unas diez y seis jaulas, vendiéndose luego todos los objetos y cediendo el importe del remate al Hospital municipal. Esta cesión la hizo la Guardia civil, pues los objetos capturados eran, segun la ley, de los aprehensores. Los detenidos fueron multados, y los que no pudieron cubrir la multa, la pagaron por medio del arresto.

CASINO DE CAZADORES DE VALENCIA.—En este mismo número insertamos el magnífico discurso de inauguración con que el Sr. D. Eduardo Vilar, en nombre de la Junta directiva, ha abierto los salones del Casino de cazadores de Valencia.

Cada día tenemos nuevos motivos para felicitarnos de la creación de nuestro periódico, por la parte que pueda cabernos en el entusiasmo que se va despertando entre los aficionados de toda España, en favor del espíritu de asociación, que ha de ser tan fecundo en buenos resultados para los cazadores de buena ley.

Sigan nuestros queridos camaradas de todas partes el laudable ejemplo de los cazadores de Madrid, Barcelona, Valencia, Málaga, Vitoria, Gerona, Valls, Puerto de Santa María y otros puntos; constitúyanse en grandes sociedades en las capitales de provincia y en pequeños círculos en todos los pueblos, estableciendo íntimas relaciones entre sí, y de este modo serán considerados por las autoridades, y llegarán á tener legítimo influjo cerca de ellas, para lograr que por donde quiera impere la ley,

se dispense la proteccion debida á la caza y se persiga á los cazadores furtivos.

Así conseguiremos ver repoblados los montes, ganando en ello mucho la sociedad, y recobrará la afición su perdido esplendor.

Esa multitud de sociedades de tiro de palomas que se van creando en muchas partes, deben ser la base de otros tantos círculos ó casinos de cazadores, para establecer relaciones entre todos los compañeros, proteger la afición, preparar y acotar los cazaderos, fundar las compañías de caza, y organizar las cacerías y monterías. Este es el entretenimiento á que pueden dedicarse más asiduamente nuestros camaradas en el período de la veda, y para esto, como para narrar luego sus fiestas venatorias, les ofrecemos con mucho gusto las columnas de nuestro periódico.

CAZA DE UN LEON.—Hallábase en Buera (África) no hace mucho tiempo, almorzando un guardabosque, cuando un árabe vino á avisarle que un leon le había arrebatado un buey. Guiado el guarda por el árabe, se dirigió á un sitio en donde estaba todavía sin destrozarse gran parte del buey. Pero el sitio, aunque muy á propósito para acechar al leon de día, era muy peligroso para la noche, que se acercaba. Buscando en las cercanías un lugar más conveniente, y arrostrando todos los peligros que preveía, decidió el guarda colocar cerca de una hondonada los restos del buey, amarrados perfectamente con una cuerda, y ocultarse él en una espesura á siete ú ocho metros del cebo. Para ponerse completamente á cubierto de la vista del leon, aumentó la espesura de su escondrijo amontonando algunas ramas y malezas, hasta constituir una especie de cabaña. Hizo que se quedase con él el árabe que le había guiado, porque confiaba más en la vista del indígena que en la suya.

Después de haber cargado su escopeta de dos cañones con cartuchos de balas explosivas, esperó con paciencia, sentándose.

Empezaba á cogerle el sueño, cuando cerca de las diez, el árabe le sacudió diciéndole: «El leon está dando vueltas alrededor de nosotros.»

Más que satisfacción, fué un verdadero miedo el sentimiento que embargó entonces el alma del guardabosque. Cuando oyó á corta distancia la respiración de los poderosos animales, porque eran muchos; cuando en la oscuridad de la noche oyó el ruido de las terribles mandíbulas de los que desgarraban el buey puesto como cebo, un escalofrío se apoderó de todos sus miembros, y miró á su compañero que, pálido y frío, temblaba como él.

En fin, pasada la emoción del primer momento, echó á la cara su escopeta, y guiado por las indicaciones de su compañero, disparó á bulto, porque la oscuridad, que parecía haber redoblado su intensidad, no permitía distinguir nada.

El grupo de leones desapareció al momento en medio de un espantoso ruido. Por algunos instantes, un silencio de muerte sucedió al estrépito que había causado el tiro; pero luego las mandíbulas volvieron á dejarse oír, con más prudencia sin embargo que antes.

No queriendo el guarda gastar en vano su cartucho, resolvió esperar á que la luna viniese á darle alguna luz.

Los leones, satisfechos de su cena, se dormían sin duda,

porque las mandíbulas iban poco á poco cesando de funcionar, hasta que nada oyó por espacio de dos horas próximamente.

Al cabo de este tiempo un nuevo ruido de mandíbulas indicaba que volvía á empezar el banquete.

La luna no se había presentado aún.

El árabe decía que veía perfectamente á los leones, con gran desesperación del guarda, que hubiera dado su sangre por distinguir uno solo.

El deseo de no dejar escapar tan bella presa, pudo más que su incertidumbre. Disparó su segundo tiro, con igual resultado que el primero.

Hasta las cinco de la mañana no se volvió á oír el ruido de las mandíbulas. Los leones reunidos se dedicaban á un tercer banquete. El alba despuntaba entonces y permitía verlos perfectamente. Pero el guarda había



EL MES DE MARZO.

gastado sus dos balas explosivas. Se declaraba el más desgraciado de los hombres, cuando se decidió á usar un cartucho de bala ordinaria.

Cargó su escopeta y apuntó; disparado el tiro, se dejó oír un espantoso rugido, y el leon que había sido herido se precipitó sobre la maleza que servía de parapeto á los dos hombres.

Estos no se movieron, y fríos como el mármol, retuvieron el aliento cuanto les fué posible.

El leon se arrastró hasta algunos metros de aquel sitio, dejó oír su último rugido, que fué contestado por otro de los demás leones que huían, y espiró en medio de terribles convulsiones.

La bala le había entrado por una paletilla, atravesando los pulmones y desgarrando parte del hígado con los fragmentos de los huesos rotos.

LA CAZA ENTRE LOS ZULÚS.—La victoria militar obtenida sobre los ingleses por los zulús, ha dado gran celebridad á esa tribu feroz del país de los cafres, cuyas costumbres refieren minuciosamente los periódicos extranjeros. Hé aquí lo que bajo el punto de vista venatorio nos refieren respecto de esos indómitos africanos.

La diversión más agradable para los zulús es la caza; pero no una caza cualquiera, sino la del elefante y el leon. Cuando los pueblos de la parte meridional de África no disponían aún de armas de fuego y estaban reducidos á sus antiguas armas, que eran un enorme broquel de triple cuero endurecido, muy convexo y capaz de cubrir todo el cuerpo, varias lanzas ó azagayas de cuatro ó cinco pies de longitud, que arrojan con hábil y certera puntería, y una pesada maza, que esgrimían con destreza, la

caza del leon era ejecutada de un modo singular. Reunidos en numerosas partidas, los zulús se encaminaban hacia el sitio donde estaba el leon, y formando un vasto círculo, dejaban á aquél en medio.

Después iban estrechando el círculo poco á poco y acosando al leon, que hostigado de aquella manera, acababa por arrojarle sobre alguno de ellos; entonces, el acometido se escondía bajo su broquel, y mientras el leon procuraba en vano herirle, los compañeros arrojaban sus azagayas á la fiera y le daban muerte.

La caza del elefante era más peligrosa y solía dar menos resultado.

Hoy, con la adopción de las armas de fuego por la mayor parte de aquellos indígenas, estas cacerías suelen estar más simplificadas, pues son idénticas á las que en Europa se usan para matar jabalíes ó venados.

Las armas de fuego han llegado á ser una verdadera pasión para los zulús, y ninguno de ellos se conceptúa dichoso hasta no haber conseguido adquirir una carabina y buen número de cartuchos.

ICONOGRAFÍA DELL'AVIFAUNA ITALICA.—Hemos visto el primer cuaderno de esta magnífica obra, en que se describen las aves que hay en Italia, publicada en Florencia por el profesor Giglioli, é ilustrada por Alberto Manzella. Se compone de ochenta cuadernos en gran folio, de bellísima edición y preciosas láminas, al precio de diez pesetas cada uno, con el aumento correspondiente en el extranjero.

Es obra muy recomendable para todos los amantes de la Historia Natural, y podrá adquirirse en la librería de Murillo, calle de Alcalá, Madrid.

LA TRIQUINA Y LA TRIQUINOSIS.—Hemos recibido un ejemplar del opúsculo, que con el título de *La Triquina y la Triquinosis*, ha escrito D. Jerónimo Darder y Feliu, inspector facultativo de las Casas-Mataderos de Barcelona, y que acaba de publicar en forma de cuadro sinóptico la *Revista Universal Ilustrada* de Zootecnia, Agricultura, Caza, Pesca y Equitación, que ve la luz pública en aquella capital.

El precio, sumamente módico, de la mencionada obra es, para provincias, 10 reales ejemplar, edición de lujo, y 6 reales la económica. Los pedidos deben dirigirse, anticipando su importe, á la Administración de la *Revista Universal Ilustrada*, calle de Mendizábal, 20, 2.º, Barcelona.

ANUNCIO.

GRAN BAZAR DE ARMAS y efectos de caza, pesca y esgrima, de Indalecio Perez, calle de Tetuan, núm. 23, Madrid.

Primer establecimiento en su clase en España, surtido abundantemente con géneros de novedad de la Exposición de París.

Especialidad en escopetas inglesas, austriacas, francesas y belgas, de todos los sistemas y calibres conocidos hasta el día.

Catálogo con la nueva Ley de caza, decretada en 10 de Enero de 1879, y su precio es un real en toda España.

Cepo-cañon-central, para matar toda clase de animales dañinos. Indispensable á todos los ganaderos, dueños de montes y Sociedades de caza. Consiste este aparato en un cañon de calibre 16, de 0,30 de largo. **LA ILUSTRACION VENATORIA** lo titula *Matulibor*, y la descripción que de él ha hecho en su núm. 3.º del día 30 de Enero del corriente año, nos dispensa de todo comentario, puesto que por ella se comprende fácilmente las ventajas que ofrece este nuevo cepo sobre todos los conocidos hasta el día. Dirémos únicamente que su inventor ha sido premiado en la Exposición Universal de París de 1878. Precio: 200 reales. Remitiendo su importe en letra de fácil cobro se manda á provincias, franco de porte.

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.—Colección de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, para ilustración de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.—Ediciones de lujo con caracteres elzevirianos y en papel de hilo.—Se ha publicado el *Libro de la Montería* del rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Consta de dos gruesos tomos en 8.º, que han valido, por suscripción, á 6 pesetas cada uno en Madrid, y á 7 pesetas en provincias. Al mismo precio podrán adquirirlas los nuevos suscritores. Fuera de suscripción se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid, y 60 en provincias.—El volumen III de la *Biblioteca Venatoria* está en prensa, y contendrá el solo dos obras, el *Libro de la Caza* del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de la Caza de las Aves* de Pero Lopez de Ayala.—Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administración, y mandando letra de cambio por el valor de la suscripción.—Redacción y Administración de la *Biblioteca Venatoria* y de la *LA ILUSTRACION VENATORIA*, calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

INVESTIGACIONES SOBRE LA MONTERÍA y demás ejercicios del cazador, por D. Miguel Lafuente Alcántara, reimpresas con una introducción por el Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de sesenta ejemplares numerados que no se ha puesto á la venta.

BIBLIOGRAFÍA VENATORIA ESPAÑOLA, por el Excelentísimo Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.—Un volumen en 8.º, edición elzeviriana en papel de hilo.—Tirada de veinticinco ejemplares numerados, en gran papel con grandes márgenes, que no se ha puesto á la venta.

ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA.—Este precioso ALBUM es un hermoso volumen en folio, del mismo tamaño que *LA ILUSTRACION VENATORIA*, conteniendo más de cien magníficos grabados de escenas de caza y pesca, que, elegantemente encuadernado, constituirá el más bello adorno del gabinete de un aficionado á estos deleites, y podrá separarse en láminas para decorar una habitación.

Como que el ALBUM se compone de los grabados publicados en el primer año de *LA ILUSTRACION VENATORIA*, podrá suplir á la colección del periódico del mismo año para los nuevos suscritores que no pueden adquirirla, por haberse agotado completamente, y aún será muy agradable para los antiguos que quieran poseer tan bella colección de láminas tiradas aparte con notable esmero.

El ALBUM DE LA ILUSTRACION VENATORIA se enviará inmediatamente, encuadernado en rústica, franco de porte por el correo, á todos los señores de provincias que lo pidan, librando 10 pesetas á esta Administración (calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid). A los de Madrid que lo deseen se les llevará á sus casas por el mismo precio.

Hay también ejemplares del ALBUM preciosamente encuadernados, que no pueden enviarse por el correo, pero que se expenden en la Administración en Madrid, con 10 reales de aumento, es decir, á 50 reales.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M. Calle del Duque de Osuna, n.º 3.